

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

La Revolución Cubana y la historiografía marxista de la década de 1940.

Guevara y Gustavo.

Cita:

Guevara y Gustavo (2013). *La Revolución Cubana y la historiografía marxista de la década de 1940. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/260>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV° JORNADAS INTERESCUELAS/ DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Cuyo.

Sede: Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza.

Título ponencia:

Mesa 30: *El proceso emancipatorio en Nuestra América: enlazando presentes.*

Coordinadores: Adriana Pons (Facultad de Humanidades y Artes-UNR); Gustavo Guevara (Facultad de Filosofía y Letras-UBA); Adriana Rodríguez (Departamento de Humanidades-UNS).

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Carrera de Historia.

Autor: Dr. Gustavo C. Guevara (UBA – Celac/UNR) guevarapons@arnet.com.ar

La Revolución Cubana y la historiografía marxista de la década de 1940

1.

El 1 de enero de 1959, la huida de la isla de Cuba de Fulgencio Batista y el triunfo de las fuerzas antidictatoriales encabezadas por el Movimiento 26 de Julio, da inicio a la etapa democrática de la Revolución. El 16 de abril de 1961, con motivo de producirse el entierro de las víctimas ocasionadas por los bombardeos de los aviones contrarrevolucionarios que despegaban de Guatemala, Fidel Castro proclama el carácter socialista de la Revolución. Es en ese mismo momento en que Ernesto Guevara publica un importante artículo en el que se interroga acerca del triunfo que se ha producido por parte de las fuerzas rebeldes en Cuba; se pregunta si se trata de un fenómeno único e irrepetible, o por el contrario anuncia e indica el camino por el que habrán de transitar otros pueblos de América Latina y el tercer mundo.

Cuando el destacado intelectual marxista residente en los Estados Unidos, Paul Baran, visitó durante tres semanas la isla durante el año anterior anotó en sus *Reflexiones sobre la Revolución Cubana*¹ que la mayoría con quienes se había entrevistado señalaban que los métodos y la

1 Baran, Paul, **Reflexiones sobre la Revolución Cubana**, Merayo editor, Bs. As., 1973.

orientación que permitieron el triunfo de la insurrección se debía tanto a la espontaneidad, a las condiciones específicas de Cuba como al genio de Fidel Castro. Es contra esta visión, que sin dejar de reconocer que se puede fundar en buenas intenciones, el Che se plantea reflexionar en términos dilemáticos: excepción o vanguardia.

En el artículo citado comienza por señalar que algunos han situado a la Revolución Cubana como el acontecimiento cardinal de América, y que se proyecta en el siglo XX como un fenómeno que apenas sigue en importancia a la magna trilogía que configuran el mundo contemporáneo: la Revolución Rusa, la derrota en el terreno militar de Hitler con las transformaciones sociales que siguieron a la inmediata posguerra y la victoria de la Revolución China. El Che cree ver en estos acontecimientos el signo inequívoco del siglo, las luchas anticoloniales y el tránsito al socialismo.

Es fundamental no perder de vista que la fortaleza atribuida al campo del denominado socialismo real frente al capitalismo en las décadas del cincuenta y sesenta del siglo pasado era un dato indiscutido. Así en las Conferencias de los Partidos Comunistas celebradas en 1957 y 1960 en Moscú² plasman en los documentos afirmaciones del tenor que producto de un profundo análisis dialéctico de la época moderna resulta inevitable el triunfo de la revolución socialista en aquellos países en que aún sobrevive el capitalismo, siendo cada vez más próximo el día en que la edificación del comunismo en escala global sea una realidad definitiva. Luego de reconocer que el antagonismo histórico de los dos sistemas sociales opuestos ha de decidirse en la práctica de la vida actual, la confianza que traza el triunfo sobre los nazis y la delantera en la conquista del espacio con el lanzamiento del Spuknic parece anunciar de manera inequívoca la respuesta. Hasta el propio núcleo de los neoliberales, por aquel entonces una pequeña minoría intelectual y política, admite el carácter irreversible del “totalitarismo comunista” y propone en todo caso la solución militar para defender al “mundo libre”.

La imagen de un capitalismo jaqueado por un socialismo en expansión es un diagnóstico extendido. Figuras como el economista Paul Samuelson³, de clara orientación keynesiana, no descarta tampoco entre los escenarios posibles planteados a largo plazo, la vitalidad y fortaleza de las economías planificadas centralmente frente a sus rivales capitalistas.

Esta disgresión nos parece importante para recentrar la polémica en el contexto histórico en

2 Kursanón, G., **Materialismo dialéctico**, editorial Cartago, Bs. As., 1975, p. 343,

3 Samuelson, Paul, **Curso de economía moderna**, Aguilar, Madrid, 1971.

el que se desenvuelve. Por ello para el Che el análisis de cualquier fenómeno histórico o contemporáneo no puede ser aislado del mundo, y si bien es posible reconocer especificidades en cada realidad particular no puede perderse de vista las tendencias más generales que influyen y determinan a estas, en tanto partes de un todo. Para el caso de la Revolución Cubana, si bien acepta que hubo excepciones que delinear rasgos particulares, que el proceso se ha visto influido por factores específicos en el curso de su desarrollo, todos sus componentes se rigen por una legalidad de la cual le es imposible sustraerse y que supera al marco nacional. En términos del propio Che: “*es un hecho claramente establecido que cada revolución cuenta con ese tipo de factores específicos, pero no está menos establecido que todas ellas seguirán leyes cuya violación no está al alcance de las posibilidades de la sociedad*”⁴.

Si bien la negación de las posibilidades de la emergencia de nuevas revoluciones en el continente, para el Che queda refutada por la existencia de las condiciones objetivas de la realidad social de América impuesta por: el latifundio, los monopolios y el subdesarrollo; el carácter socialista del proyecto lleva a nuevas discusiones acerca de como debe ser entendido también este. Entre los años 1963 – 1964 se lleva adelante lo se conoce con el nombre del Gran Debate sobre la economía en Cuba y que tendrá como principales contendientes, entre otros, a Ernesto Guevara, Ministro de Industria, y a Carlos Rafael Rodríguez, Presidente del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA) en el plano local, y a los economistas marxistas belga Ernest Mandel y francés Charles Bettelheim. Es importante subrayar entonces que lo que se discute no es una cuestión circunscripta a la esfera de lo económico, a cuestiones puramente técnicas de gestión de la producción y distribución de bienes, sino se de la concepción misma de como se entiende la construcción de una sociedad socialista, donde “lo económico” ocupa por supuesto un lugar destacado.

Revolución y proyecto socialista implican rupturas y transformaciones radicales en todos los planos y la historiografía no se sustrae a ello. Para 1966, Manuel Moreno Fraginalls publica un artículo, “*La historia como arma*”⁵, con la dedicatoria: “Al comandante Ernesto Guevara Serna, dondequiera que esté, dándole las gracias por muchas razones”⁶. Allí el autor de la obra más reconocida de la historiografía cubana del siglo XX: *El ingenio. Complejo económico social*

4 Guevara, Ernesto Che (1961), “Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha anticolonial?” en AA.VV., **El marxismo en América Latina**, CEAL, Bs. As., 1972, p. 94.

5 Moreno Fraginalls, Manuel (1966), “La historia como arma” en Hernández, R. y Rojas, R. (selec), **Ensayo cubano del siglo XX**, FCE, México, 2002.

6 En 1965 el Che había renunciado a sus cargos en el gobierno y había emprendido su viaje secreto a Africa para colaborar con los movimientos de liberación del continente negro.

*cubano del azúcar*⁷, publicada apenas dos años antes, vuelve sobre la imperativa pregunta: ¿Cuál debe ser la función de un historiador en la sociedad socialista? Como señalamos en el párrafo anterior, los años sesenta significaron para Cuba una década de intensos debates, que en el terreno de los estudios históricos implicó cuestionar el viejo paradigma positivista desde perspectivas marxistas diversas. Usamos intencionadamente el plural porque el materialismo histórico será interpretado y “aplicado” desde plataformas divergentes y esto habrá de traducirse en los productos concretos de la indagación del pasado que llevarán adelante los historiadores cubanos del período.

2.

Moreno Friginals parte de registrar que las obras escritas por historiadores profesionales dentro y fuera de la isla no llegan al gran público, sus ventas en las librerías son escasísimas; sin embargo, y de manera paradójica hay un reclamo general por contar con una historia nueva. Señala que no obstante ha sido importante la obra de reedición (solo la que volveremos más adelante) y escasos los nuevos libros de historia. Agrega: “*ni las antiguas obras han llenado siempre su cometido, ni las nuevas han sido siempre nuevas en el exacto sentido de esta palabra*”⁸. El discurso historiográfico requiere de una renovación y esta requiere un sólido re-planteo metodológico.

Considera que la historia para la clase dominante, en tanto elemento de la superestructura de un determinado régimen de producción, es equivalente al derecho y la religión, pero con el agravante que el conocimiento histórico encuentra su legitimidad en el carácter derivado de su cientificidad y base documental; cuando en realidad no se trata de un conocimiento verdadero sino de una mitificación que apela a un conjunto de reglas supuestamente universales tales como: a) no se deben analizar los hechos recientes porque la pasión del investigador distorcionaría su justa interpretación; b) el pasado no puede juzgarse con los criterios del presente, o c) el historiador debe ser un hombre carente de pasiones. El objetivo de todo esto no es otro que evitar cualquier referencia que ponga en tela de juicio la estabilidad y continuidad del orden burgués.

La reivindicación de una historia fría, que su punto de partida no es el presente, ni el compromiso apasionado con la vida, decanta en la figura de un intelectual castrado. “*El*

7 Moreno Friginals, Manuel, **El ingenio**, 3 T. , Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974.

8 Moreno Friginals, Manuel (1966), p. 388.

historiador moderno es el gran triunfo intelectual de la burguesía que ha tenido en él su funcionario más fiel, barato y eficiente”⁹. En América caracteriza al historiador promedio como aquel ciudadano pacífico, que desempeña su tarea investigativa con laboriosidad burocrática o se concentra en su cargo de profesor de historia; movido por ciertas inquietudes intelectuales *su “misión más trascendente es este acumular de datos, este escarbar de fuentes, para escribir sus obras”*¹⁰. La consecuencia de ello, desde su óptica, es que en Cuba las pesquisas más sugerentes sobre el pasado han sido realizadas más que por historiadores, sino por: periodistas, médicos, químicos e ingenieros.

Denuncia que la historia construida a medida de los intereses de la oligarquía cubana del siglo XVIII primero, devenida luego en burguesía nacional ligada a los intereses norteamericanos requiere ser demolida a partir de una nueva agenda que cuestione tres mitos sobre los que se organiza aquella visión: el antiespañolismo, el escamoteo del problema negro y la presentación de la burguesía como grupo creador de la nacionalidad.

El mito del antiespañolismo, fue promovido en tiempos coloniales primero por los reinos de Inglaterra y Holanda y luego por los Estados Unidos de América en función de los intereses imperiales concretos de cada una de esas potencias. Al simplificar los conflictos de varios siglos a una pugna entre cubanos y españoles se hace desaparecer la lucha de clases, se oculta la trágica existencia de medio millón de esclavos detrás de la retórica confrontación entre el cubano Saco y el español Tacón. Los militantes liberales de la burguesía cubana se presentan como los enemigos de la reacción e ignorancia española, como los valientes forjadores de la nueva nacionalidad. La verdadera historia está por crearse y esta debe comprometerse con el socialismo sin ataduras con los pervivientes elementos y concepciones burguesas que se proyectan aún en el curso presente de la Revolución. Pero Moreno Friginals se apura a advertir que *“quizá sí el peligro mayor esté en el seudomaterialismo histórico que emerge y florece en los períodos de transición como una forma de oportunismo intelectual”*¹¹.

Este seudomaterialismo se encarna en primer término en una conducta iconoclasta que busca destronar las figuras exaltadas en los mitos burgueses por nuevos ídolos. La tergiversación al servicio de semejante tarea llevó a algunos seudeohistoriadores a identificar, por ejemplo, a Carlos Manuel de Céspedes como rico hacendado esclavista, cuando la verdadera información histórica es

9 Moreno Friginals, Manuel (1966), p. 391.

10 Moreno Friginals, Manuel (1966), p. 391.

11 Moreno Friginals, Manuel (1966), p. 395.

otra. Discutir y rediscutir a Saco, Céspedes o Martí puede ser útil, pero se trata de ir más allá de cambiar bustos de pedestales incolumne. No es posible escribir una historia nueva si esta apela a idénticos materiales empleados por la historiografía tradicional y si la formación que reciben quienes tienen que desempeñar en esta tarea continúa siendo la “*típicamente burguesa y decadente*”¹².

En resumen, la historia nueva que demanda la construcción de la sociedad socialista implica una agenda de investigación que apunte a la desestructuración de los mitos burgueses y aportes nuevos conocimientos sobre el pasado dando a la lucha de clases la centralidad correspondiente. Para ello propone operar al menos con tres ejes: I) revalorizar la reedición de obras producidas con anterioridad a la Revolución como: *Azúcar y abolición* de Raúl Cepero Bonilla; II) ampliar el caudal de fuentes con que debe reinvestigarse el pasado y III) modificar la formación que reciben los futuros historiadores para que no sean repetidores de esquemas que tan sólo requieren del vaciamiento en sus moldes los datos empíricos.

3.

Raúl Cepero Bonilla publica por primera vez en 1948 su obra: *Azúcar y abolición*, allí se propone exponer los resultados de una investigación cuyos resultados chocan con mitos establecidos por la pretendida historiografía oficial. Apelando a una cita de Georges Sorel aclara que “*restablecer la verdad histórica no es sólo una cuestión científica, sino también una cuestión de interés práctico inmediato*”¹³. Es consciente que sus juicios sobre el pasado no son ajenos al presente y es en el propio pasado donde busca legitimar su método de indagación que hace considera a los fenómenos económicos como una influencia decisiva de los acontecimientos políticos. En su ayuda cita a Enrique José Varona: “*Los problemas económicos son el eje de la política del mundo*” y lo reafirma con el padre Varela: “*los hombres mudan de ideas, porque mudan de intereses*”¹⁴, pero no puede haber dudas que su enfoque remite claramente a la matriz marxiana al afirmar: “*cuando me refiero a la implicancias revolucionarias del choque del desarrollo de las fuerzas productivas con el sistema social existente*”¹⁵.

La segunda edición se publica en el año uno de la Revolución. Revolución que lo contó como Ministro, presidente del Banco Nacional y colaborador de la revista *Cuba Socialista*, hasta su

12 Moreno Friginals, Manuel (1966), p. 396.

13 Cepero Bonilla, Raúl, **Azúcar y abolición**, Crítica, Barcelona, 1977, p. 17.

14 Cepero Bonilla, Raúl (1977), p. 18.

15 Cepero Bonilla, Raúl (1977), p. 18.

trágica muerte en un “accidente” aéreo en 1962, tras asistir a una Conferencia de la FAO en representación de su país. En el Prólogo a la segunda edición desde la apertura misma del texto advierte que esta propuesta irritará a los que discrimen al negro, a los que consideran la superioridad racial de los blancos, por ello apuesta a una historia que debe ser veraz y crítica. Su actitud queda retratada en el siguiente pasaje: *“Si la revolución de 1868 no liquidó el trabajo forzado hasta 1871, ¿por qué decir que Céspedes decretó en la Demajagua la abolición de la esclavitud? Si muchos próceres del 68, como Céspedes, Agramonte, Cisneros Bentacourt, etc., se manifestaron por la incorporación de Cuba a los Estados Unidos, en los primeros tiempos de la revolución ¿por qué afirmar que la revolución del 68 era un movimiento que buscaba, desde el mismo 10 de octubre, la independencia absoluta, como meta única y exclusiva?”*¹⁶.

El libro sin duda venía a cuestionar lugares comunes construidos por una burguesía que ocultaba o justificaba los proyectos aristocráticos, negreos y anexionistas del siglo XIX.

En Cuba desde 1750 había un centenar de pequeñas plantaciones de caña de azúcar, que tras la ocupación de los ingleses de La Habana en 1762-63, las reformas borbónicas y la independencia de Estados Unidos se multiplicaron y modernizaron. Este camino se profundizó de manera decisiva con la llegada de plantadores inmigrantes que huían del cataclismo social que representaba Haití. Debilitada la principal potencia azucarera de América, Cuba se propone ocupar su lugar. Pero la exportación de esta mercancía depende de contar con la importación de una abundante cantidad de mano de obra esclava.

Gran Bretaña parece poner en peligro esta premisa cuando logra imponer la prohibición de la trata a partir de 1820 por medio de un tratado de 1817 con España. Sin embargo el ingreso de esclavos a Cuba no se detiene, pues el gobierno español nada hace para cumplir con aquel compromiso. Inglaterra, cada vez más interesada en la supresión de la trata apeló a muy variados métodos para alcanzar ese objetivo, entre los cuales no descartó agitar el fantasma de una revolución negra, como se ejemplificaba en de Haití. Para las autoridades coloniales esta no constituía una amenaza imaginaria, entendía que la realidad de la isla se encontraba tensionada entre la opción de conservar los lazos con España o entregarse a la anarquía que impondría los ‘africanos’.

En 1843 una nueva revolución en se produce Francia, esto implica el ascenso al poder del

16 Cepero Bonilla, Raúl (1977), p. 15.

Rey Luis Felipe y su ministro François Guizot en España a los 13 años se declara la mayoría de edad de Isabel II y con el fin de la regencia de Espartero la influencia británica es sustituida por la francesa. Es justamente en este mismo año, de realineamientos internacionales que se produce un levantamiento de esclavos duramente reprimido. En noviembre se inició otra gran insurrección sofocada con idénticos métodos. A fines de ese mismo año, el flamante Capitán General de Cuba, el general O'Donnell recibe informes sobre otra probable insurrección esclava, con fines abolicionistas, para navidad. El 23 de diciembre ordenó que en Matanza, epicentro del supuesto levantamiento, fueran fusilados 16 esclavos y más de un centenar se los azotara.

El temor generalizado de los plantadores llevó a que aplicaran mas métodos más crueles para obtener información acerca de lo que se percibía como una gran conspiración en marcha. El nombre de la escalera dada a ese evento está asociado al hecho de que los esclavos que no se declaran culpables se los ata a una escalera de jiquí para ser torturados. Cientos de sospechosos fueron encarcelados y vejados. En Matanza se creó el Hospital provincial de Presos enfermos de la Conspiración de la Gente de Color, que albergó a los que no perecían en las sesiones de tortura. Sin embargo su suerte, según los registros, no resultó para nada favorable, a diario se producían dos o tres defunciones provocada por “diarrea”, según los partes correspondientes. Se estima que la Comisión Militar ejecutiva y Permanente en 1844 detuvo en total a más de 4000 personas, juzgando a unas 3000. 78 fueron ejecutadas, entre las cuales solo se encontraba un blanco, 435 fueron desterrados, 1230 absueltos y el resto encarcelados.

O'Donnell aprovechó para perseguir a los opositores blancos, aunque casi todos resultaron finalmente absueltos. No sucedió lo mismo con los hombres de color libres. La presunción de que en la planificación de la conspiración se hallaba el ex – cónsul británico David Turnbull, hizo que aún sin pruebas matanceros como el violinista y director de orquesta, José Miguel Román o el mulato Andrés José Dodge, que había estudiado de dentista en las universidades de Paris y Londres, fuesen condenados a muerte. De aquel aquelarre surgieron imputaciones delirantes tales como las que afirmaban que el levantamiento general incluía designar al poeta Plácido como presidente de la nueva república negra o que las mujeres blancas se plegarían al levantamiento para eliminar a las feas y viejas.

Frente a la posibilidad del levantamiento esclavo, los plantadores azucareros cubanos como Carlos Núñez del Castillo, Miguel Aldama o Cristóbal Maldán, revitalizan la idea de la anexión de Cuba a los Estados Unidos, para conservar su negocio claro está.

Es en el capítulo que se aborda esta cuestión el elegido por Cepero Bonilla para documentar la solidaridad de clase de un reformistas como Miguel Aldama frente a lo que califica de horroso plan de los esclavos, aunque considera no menos horrosos los castigos impuestos a ellos, pero es “*una cuestión de vida o muerte que nuestros esclavos*” vuelvan a ser sometidos “*al estado en que la barbarie nuestra los ha arrojado*”, ya que con preocupación ve que unidos avanzan “*por la santa causa de la libertad y entre ellos no existen más naciones, ni rivalidades, todos a una juramentados a vencer o morir*”¹⁷. A continuación subraya como Ramiro Guerra sostenía la tesis contraria a la visión dominante que los negros africanos se habían sometidos docilmente al régimen de esclavitud e incluso cita a Saco, para quien siempre hubo resistencia e intentos de rebeliones desde los orígenes mismo de la institución esclavista en Cuba.

Para Moreno Fraginalls este era el ensayo histórico más brillante que se escribió en Cuba. Aquí no nos interesa resumir su contenido o analizarlo capítulo por capítulo, en función de la brevedad de la ponencia, dejamos señalado algunas puntas de una obra que apunta a comprender la base social del movimiento abolicionista y del proceso de la formación de la nacionalidad cubana, donde los protagonistas no serán los grandes plantadores azucareros criollos como repite la historiografía tradicional. Sin embargo, Moreno Fraginalls señala con preocupación como este trabajo liminar para la historiografía marxista se la mantiene rodeada de una ola de silencio.

Sobre la temática particular de la rebelión de la escalera y en función de este dictado de ampliar el universo de fuentes con que debe trabajar el historiador, Rodolfo Sarracino realiza un trabajo sistemático en el Public Record Office de Londres en 1989 publica: *Inglaterra: sus dos caras en la lucha cubana por la abolición*. Donde la documentación sobre Francis Ross Cocking, colaborador de Turnbull, en un detallado y megalómano informe que dirige al Foring Office en 1846 sobre su actuación en la isla caracteriza a los blancos criollos de Cuba en general y de La Habana en particular, con las debidas excepciones, como “*una raza de imbéciles, degenerada de mente como de cuerpo, y corrompida por la educación*”¹⁸, el gobierno despótico adoptado por España para la administración de la isla y al mismo tiempo el consentimiento tácito para toda suerte de licencia, los torna “*sujetos adecuados para la continuación del depotismo Colonial*”. No sería este el caso del pueblo de color libre, a quien atribuye conciencia de su condición degradada y presente dispuesto a arriesgar sus vidas y bienes por la Libertad de ellos y de sus hermanos aún

17 Cepero Bonilla, Raúl (1977), p. 80.

18 Sarracino, Rodolfo, **Inglaterra: sus dos caras en la lucha cubana por la abolición**, Letras cubanas, La Habana, 1989.

esclavos.

Cocking informaba que: *“que muchos de los ricos propietarios de plantaciones habían accedido a los planes de los Estados Unidos; y que varios de los Españoles europeos del Orden Más Alto también se habían prestado a esos Planes, porque todos creían, Y aún creen) que más tarde o más temprano el Gobierno Británico obligará al Gobierno español a emancipar a todos los negros bozales clandestinamente importados en Vcuba después del año 1820, en violación a los tratados existentes, `porque son , como el propio Lord Palmerston ha declarado, ipso facto libres’.”*¹⁹

Por su parte el presidente Polk presentó en 1848 una oferta formal al gobierno de España para la compra de la isla en 100 millones de dólares. Esta la desestimaría, pero no era la primera vez que Estados Unidos se hacía eco de la idea anexionista. Con anterioridad el presidente Jefferson se entendía con José de Arango, en la medida en que en España se manifestaban peligrosas tendencias liberales, en favor de suprimir la esclavitud. Tampoco es la última, una oferta nueva para la compra de Cuba la realiza el presidente estadounidense Pierce en 1854, el gobierno liberal de Madrid rechaza la proposición.

Para mediado del siglo XIX la esclavitud continúa siendo el problema principal para conservar la producción azucarera en expansión. Aunque el gobierno británico se manifiesta contrario a esa institución, esto no impide que los capitales de esa potencia se lancen a la construcción de la primera línea férrea de la isla y de Hispanoamérica. Bajo la dirección del ingeniero norteamericano Alfred Kruger se inaugura en 1837 los primeros 100 km de vía conectando La Habana – Bejucal. La mano de obra empleada incluía irlandeses y canarios, a la que se sumarán convictos españoles y también esclavos.

El balance que propone Sarracino de las rebeliones esclavas de la década del cuarenta del siglo XIX pasa por revalorizar los principios revolucionarios de los negros y mulatos libres, de las enormes consecuencias de la gran represión desatada por el gobierno colonial, de la que Inglaterra finalmente no fue ajena, y la influencia negativa en la formación y desarrollo de una conciencia nacional.

En 1861 Estados Unidos debió concentrarse en la guerra civil. El triunfo del Norte echó por

19 Sarracino, Rodolfo, 1989.

tierra las expectativas de los hacendados cubanos de poder conservar la institución esclavista mediante la anexión con aquel país, Abraham Lincoln se convierte en el garante de la nueva situación. La restricción de la trata no tarda entonces en hacerse más estricta y 1867 puede ser señalada como la fecha que pone fin al comercio internacional de esclavos que tiene como punto de llegada Cuba.

Siguiendo la ley de hierro de la oferta y la demanda, la disminución en el número de esclavos debido a la restricción impuesta al ingreso de los mismos condujo al sensible encarecimiento de esta “mercancía”. Los plantadores empezaron a pensar entonces en una mano de obra sustituta, y fue así que se recurrió al sistema de contratación de inmigrantes gallegos, canarios, irlandeses e indios de Yucatán. Pero el grupo más numeroso, fue el de los coolies chino, cuyas condiciones de vida y de trabajo eran aún peores que la de los esclavos.

En un artículo publicado en *The New York Tribune* el 10 de abril de 1857, su autor, enjuicia a la prensa de Inglaterra por su silencio frente a las sistemáticas violaciones del tratado de Nanking (firmado tras la Primera guerra del opio), y en tono de denuncia afirma: “Nada oímos de los tormentos inflingidos, `incluso hasta la muerte`, a emigrantes embaucados y hechos cautivos, a los que se vende, en condiciones peores que las de esclavitud, en las costas del Perú y como siervos en Cuba.”

Clausurada la posibilidad del anexionismo y agotada la vía de inyectar de manera constante mano de obra esclava hacen que los hacendados prioricen concentrar sus esfuerzos en lo que saben resultará inevitable. La batalla se concentrará en demorar la abolición y reclamar indemnizaciones en caso de que esto se produzca la burguesía agraria fundamentalmente de la región oriental cuestionaba el pacto de sujeción colonial y encabezaba la gesta independentista. Abrumada por los altos impuestos, su rol diferencial tiene que ver con la desigual composición sociodemográfica - regional. En occidente el 40% de la población son esclavos, mientras que en la región oriental tan sólo un 19%, Camauey lo sigue con un 21% y Las Villas con un 25%.

En 1865 los liberales suben al poder en España, pero el movimiento de reforma no tarda en extinguirse. La crisis económica internacional incrementa los efectos negativos sobre la economía cubana y se generaliza la idea de que: “A España no se la convence, se la vence”.

El sector occidental de la isla, donde se concentran las plantaciones y los esclavos, no quiere

asumir riesgos, mientras el sector oriental encuentra a figuras como Ignacio Agramonte o Carlos Manuel de Céspedes hacendados dispuestos a negarse a pagar los impuestos e impulsar un levantamiento generalizado. En 1868, Céspedes sin consultar a los otros proclamó en La Demajagua la independencia de Cuba.

Tras una primera derrota en Yara los patriotas toman la localidad de Bayamo. El gobierno colonial comienza a entender que es necesario aplastar el levantamiento. La guerra, aunque circunscripta a la parte oriental de la isla, demanda la presencia de más de 100.000 soldados y diez años de combates. La guerra de guerrillas que practicó el ejército rebelde, valiéndose del conocimiento del terreno y del apoyo de los campesinos, le otorgan una superioridad táctica sobre el ejército español que, además, se ve sometido a las enfermedades tropicales como la fiebre amarilla y la malaria.

En 1869, una Asamblea Constituyente, reunida en la población de Guáimaro, promulga una Constitución liberal que reconoce la emancipación de los esclavos y adopta la forma republicana de gobierno. Se aprueba también una moción de anexión a los Estados Unidos. Para Cepero Bonilla la revolución del 68 no parte de una definición contraria al esclavismo. Después de varios años de guerra, los iniciadores del movimiento se encuentran muertos o en el exilio. Un nuevo liderazgo emerge al calor del conflicto bélico: el dominicano Máximo Gómez y el mulato cubano Antonio Maceo imprimen a la lucha un carácter más comprometido y radicalizado. Durante dos años, a pesar de la letra del art. 24 de la nueva Constitución la esclavitud sobrevivió bajo el disfraz de la figura del patronato.

En 1878, se firma la Paz de El Zanjón; Gómez, Maceo y otros líderes que no aceptan los términos del mismo se ven obligados a exiliarse. Desde la guerra de los diez años hasta fines del siglo XIX, la industria azucarera vive un proceso de crisis y reestructuración radical.

Cepero Bonilla cita una lúcida frase de Enrique J. Varona: *“Al terminar la guerra de los Diez Años, el cubano había perdido la supremacía económica, y no había conseguido el poder político”*²⁰. Los antiguos ingenios, controlados por la otrora aristocracia hacendaria, son abandonados o destruidos y reemplazados por los nuevos “centrales”. Surge una clara diferenciación entre el sector industrial y el sector agrícola correspondiendo al capital extranjero norteamericano un rol sumamente activo. Es importante destacar los cambios tecnológicos que se

20 En Cepero Bonilla, Raúl (1977), p. 208.

introducen y los cambios que ello conlleva en la mano de obra que se emplea, en los métodos de comercialización y en los cambios en la clase empresarial. La nueva maquinaria requiere de una mano de obra asalariada, con una calificación superior a la que provee el trabajo esclavo.

Cepero Bonilla propone una lectura marxista clásica del agotamiento del régimen de explotación vigente. *“La contradicción entre las fuerzas productoras y el modo esclavista de producción se resolvió de manera violenta a través del impacto de la guerra del 68”*²¹. La concentración en el mercado y los cambios tecnológicos en las unidades productivas se reflejaron en la caída de los precios de azúcar bruto en el mercado de New York, pasando de 10 centavos en 1870 a 3,2 centavos en 1894 que implican el golpe de muerte a la esclavitud.

En 1880 se reemplaza la esclavitud por un patronato de ocho años de duración. Finalmente en 1886 queda abrogado el patronato que abarcaba tan sólo a 26.000 patrocinado, pero la eliminación de la esclavitud no implicó el fin del racismo. *“Los organizadores del movimiento revolucionario del 95 -concluye el texto de Azúcar y abolición-, siguiendo la tradición popular del 68, se propusieron crear una república en que fuera una realidad la igualdad social... El mito racial funciona en esta sociedad donde la igualdad vive encerrada en un precepto constitucional, que en la vida social se escarnece impunemente.”*²²

4.

Para 1962 se crea la Licenciatura en Historia y las correspondientes Escuelas en las Universidades de La Habana y Oriente. Surge además la Cátedra de Historiografía a cargo de C. Funtanellas. A principios de 1965 comienza a aparecer *Cuadernos de historia* publicada en la Facultad de Humanidades de La Habana bajo la dirección de Sergio Aguirre. En su número uno aparecen explicitado los objetivos que la animan: desde informar a los alumnos hasta servir de puente con otras instancias de la enseñanza de la historia como escuelas secundarias o centros de instrucción de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Su énfasis específico se orientaría a la propia historia de Cuba, en particular a la república y dentro de esta la revolución. Objetivo que finalmente no parece haberse concretado.

21 Cepero Bonilla, Raúl (1977), p. 209.

22 Cepero Bonilla, Raúl (1977), p. 218.

Entre las reediciones de obras marxistas de la década del cuarenta, el artículo que abre la revista lleva la firma de Carlos Rafael Rodríguez y es la reimpresión de su ensayo “El marxismo y la historia de Cuba”²³ publicado originalmente en 1943. Por entonces una nueva generación de historiadores comenzaba a diversificar y renovar el panorama de la producción histórica en Cuba, entre ellos aparecían los aportes de una interrogación marxista acerca del pasado y este texto programático, según su autor, transcurrido más de dos décadas ilustran una matriz conceptual ahora ampliamente difundida y manejada en la isla.

Carlos Rafael Rodríguez describe la historia dominante como una visión apologética en la cual la polémica antiespañola justificaban los puntos de vista de la burguesía y terratenientes cubanos ensalsada por un patriotismo abstracto. Retoma el análisis de Sergio Aguirre sobre las diversas actitudes anexionistas, reformistas e independentistas de la burguesía en el siglo XIX, según se presentaban las sucesivas y recurrentes coyunturas; para criticar la visión de los historiadores que exaltan desde la ingenuidad patriótica y nacionalista finalmente los intereses de la clase dominante. El pasado aparece desinformado de los conflictos sociales y por lo tanto, la sedimentada rebeldía popular se conserva oculta o subordinada a una cultura dominada por las corrientes reaccionarias e incluso clericales.

Con el subtítulo: “*La nueva historia de Cuba y los métodos para escribirla*” se rescata a los historiadores “liberales” como Fernando Ortiz y Ramiro Guerra, como así también a los “anticlericales” Emilio Roig, Elías Entralgo y Rafael Soto Paz. Pero su empresa finalmente fracasa por carecer del método adecuado que pueda mostrar las causas profundas del movimiento histórico, que pueda develar el papel y las motivaciones de las clases sociales (descritas en términos de burguesía, terratenientes, capas populares, etc.).

“El materialismo histórico – es decir, el marxismo aplicado al terreno de la historia y los hechos sociales- es un modo nuevo de concebir la historia y las relaciones sociales aplicando a ellas los principios del materialismo dialéctico.”

Rodríguez se opone a la tesis que el marxismo es sinónimo de economicismo y sus fuentes teóricas son el canónico texto de Stalin de 1938: *Materialismo dialéctico y materialismo histórico*, (a partir del cual se enuncia que “los distintos sistemas económicos” son: esclavitud, feudalismo, capitalismo, socialismo), el XVIII brumario de Luis Bonaparte de Marx, La guerra campesina de

23 Rodríguez, Carlos Rafael (1943), “El marxismo y la historia de Cuba” en **Cuaderno de historia**, La Habana, s/f.

Engels y la Correspondencia de este último con Bloch. Así como también “El papel del individuo en la historia” de Jorge Plejánov.

La verdadera causa de la revolución del 68 es la *“contradicción insoluble entre las aspiraciones de la burguesía y terratenientes liberales cubanos y el coloniaje hispano”* Considera que el conjunto de la burguesía en ese período desempeñó un rol progresista, *“se convirtieron en los paladines de la causa independentista... sus intereses de clase coincidían con los intereses históricos de nuestro país”*²⁴. Desde esta óptica a mediados del siglo XIX, “nuestra burguesía” (sin distinciones) asumía su papel revolucionario en la historia y corresponde al verdadero historiador mostrar el sustrato económico que motiva esa conducta. El paradigma a seguir es entonces el de la “escuela económica” (sic) norteamericana encarnada por ejemplo en los trabajos de Charles Beard sobre los intereses sociales de los diferentes grupos y la sanción de la Constitución; o con una mirada de mayor amplitud que el autor considera encontrar en los ensayos de Sergio Aguirre.

Rodríguez toma distancia de lo que considera el moralismo pequeño burgués, que condena la institución de la esclavitud por su carácter inhumano y no capta según él que en el desarrollo de la historia esta jugó un papel positivo. Para reforzar el argumento cita a Engels, pero en la misma línea se podría citar a Stalin: *“dentro de las condiciones de disgregación del régimen del comunismo primitivo, la esclavitud era un fenómeno perfectamente lógico y natural ya que representaba un progreso en comparación con el comunismo primitivo”*²⁵. Con esta lógica se señala que Arango y Parreño fue reaccionario desde el punto de vista social y humano por el empleo de millares de esclavos, pero sin embargo la implacable necesidad económica justifica esa conducta y se convierte en una contribución al progreso de la burguesía y al desarrollo industrial del país (sic). En coincidencia con Sergio Aguirre el esclavismo en los primeros dos tercios del siglo XIX se puede *“calificar de positivo por sus efectos, hechos y actitudes que, examinados aislada y mecánicamente, se condenarían sin apelación”*²⁶.

En nombre del proletariado cubano se subraya la satisfacción de ser herederos y continuadores de aquella patriótica y progresista burguesía que enfrentó a la monarquía española a la manera del tercer estado en la Revolución francesa. Sin embargo las aspiraciones del 68 y el 95 quedaron trucas, corresponde ahora al proletariado y su vanguardia retomar y completar las tareas que deben conducir a la liberación económica y política.

24 Rodríguez, Carlos Rafael (1943), p. 21.

25 Stalin, “Materialismo dialéctico y materialismo histórico” en **Historia del PCUS**, Problemas, Bs. As., 1946, p. 150.

26 Rodríguez, Carlos Rafael (1943), p. 30.

Moreno Fragonal emite juicios muy duros hacia la formación que reciben los estudiantes universitarios en historia, ya que considera que estos no deben ser adiestrados en como “aplicar” las leyes de la dialéctica de la historia de Cuba, sino “descubrir” las mismas a partir del trabajo amplio con las fuentes evitando el esquematismoseudomaterialista. El ensayo de Carlos Rafael Rodríguez no es mencionado taxativamente, pero este se presenta como el programa a seguir desde la Universidad y su tratamiento del patriotismo burgués del siglo XIX y su justificación de la esclavitud sin dudas están en la antípoda del planteo de quien más tarde vuelve a tomar posición sobre estos problemas en la obra: *Cuba/España, España/Cuba. Historia común*.²⁷

Carmen Almodovar Muñoz²⁸ sostiene que para la década del 40 “tres militantes comunistas – Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez y Sergio Aguirre – asumen la tarea de aplicar el marxismo a la historia de Cuba, sentando con ello pautas que marcan un hito en la historiografía cubana”. Más recientemente, Oscar Zanetti²⁹ señala que para aquella época la “ruptura con el discurso tradicional no se encuentra por tanto en las filas comunistas, sino entre historiadores de influencia marxista que se habían desgajado o no militaban en ella”, del cual Cepero Bonilla sería uno de los más acabado exponentes de ese “revisiónismo historiográfico” de una presencia extendida a gran parte de América Latina.

Tras el triunfo de la Revolución “Los fundamentos del socialismo en Cuba” (1943) de Blas Roca es reeditado en tiradas masivas, alcanzando en consecuencia una gran influencia este texto de quien fuera el secretario general de la URC. Sergio Aguirre, autor de “Seis actitudes de la burguesía cubana en el siglo XIX” (1942) se convierte en 1962 en el director de la recién creada Escuela de Historia de la Universidad de la Habana y “El Marxismo y la Historia de Cuba” de Carlos Rafael Rodríguez (1943) se reimprime a mediados de los sesenta. Para Jordi Maluquer de Montes “La historiografía marxista cubana no parte de Ortiz o Guerra, aunque a veces haya querido parecerlo – quizá por explicable razones tácticas -, sino de Cepero” quien como dijimos ve la aparición de una nueva edición de “Azúcar y abolición” en 1959.

Las obras y los autores que se propusieron en los años cuarenta re-interpretar el pasado de Cuba en clave marxista se convirtieron en una referencia fundamental de la nueva etapa que se abre

27 Moreno Fragonal, Mariano (1995), **Cuba/España, España/Cuba. Historia común**, Crítica, Barcelona, 2002.

28 Almodovar Muñoz, Carmen, “Historiografía realizada en Cuba después de la Revolución “castrista” (1959-84” en **Revista de Indias**, N° 185, 1989.

29 Zanetti, Oscar, **Isla en la Historia**, El pero y la rana, Caracas, 2007.

con la Revolución; sin embargo, la forma de entender y aplicar el materialismo histórico no fue homogénea, ni unánime las conclusiones a las que se arribaron.